

## Emperatriz de Lavapiés

Cuando desperté con la sintonía “el parte”, como decía mi abuelo, maldije la radio de Doña Paquita, a la vez que a mí mismo por no haber bebido agua al volver de madrugada.

Pronto semejante soniquete se mezcló con la melodía de mi móvil. Era Natalia Aguilar, la subdirectora de Recursos Humanos.

Los domingos son de ir a misa, votar y vermú (en mi caso en la Calle Argumosa), pero no para hacer despidos, por lo que se trataba de otra cosa: Natalia necesitaba acompañante para una cena el lunes, y la oficina no era lugar para pedir semejante favor.

Entre mi respuesta afirmativa y verme saliendo del Metro de Serrano parecían haber pasado minutos en vez de casi 48 horas. Devolver un favor casi nunca sale barato, no sé si lo dijo algún sabio.

Pronto me vi aislado, pues desde mi tranquilidad de Lavapiés me hallaba muy perdido en un ambiente tan estirado como aquel. Si la conversación dejaba atrás los “asequibles áticos” del Paseo Rosales o los chalés de El Viso, se centraba en niños o aireados domingos en el club de golf.

Estar callado en tal situación es incómodo, pero lo es aún más cuando alguien se da cuenta de que estás allí y te invita a sumarte, como si no lo hicieras por vergüenza.

- Y dínos, Daniel, ¿vives de hipoteca por Almagro, como Natalia? Es una angustia feliz, ¿no crees? (*Risas*)
- No, no... De alquiler en la Calle Salitre. Mi madre se crio ahí y me hizo ilusión encontrar ese piso.
- Salitre... no caigo... ¿cerca de Alonso Cano?
- Lavapiés, muy cerca de Atocha y del Metro...
- Ah, vaya... Bueno... ¿Por necesidad o...? La verdad que no se me ocurren más razones para vivir en ese... barrio.

Miré a Natalia que intentó frenarme sin decir palabra, pero lo hice por mera cortesía.

- Barrio, barrio. Sale hasta en la letra de los chotis... Vulgar, ¿quizás? Vivo ahí entre otras cosas porque mis vecinos tienen mejores cosas que hacer que juzgar mi último coche, mis vacaciones o si mis hijos llevan uniforme al colegio. Pero bueno –miré nuevamente a

Natalia- la señorita Aguilar es mejor conocedora de Lavapiés que yo mismo... a fin de cuentas se crio allí.

Tapándose la cara Natalia no pudo ver la expresión de sorpresa de los comensales ni tampoco cómo me levantaba de la mesa.

Dejando atrás el calor soporífero del Metro, agradecí el aire fresco de la plaza. Subiendo trabajosamente la cuesta de Argumosa y después la de Salitre, alcé la cabeza para coger aire y vi en el balcón a Doña Paquita. En bata y delantal, seguramente impregnado con el olor de sus famosas empanadillas (conocidas del Portillo a la Arganzuela), sujetaba en brazos a su nieto que señalaba la estela de un avión.

Por un momento los versos de la canción *Rosa de Madrid* parecieron resonar en mi cabeza mientras en mi sonrisa crecía orgullosa.